

Edison Otero Bello
Nuevas realidades, nuevos conceptos
Ciencia Ergo Sum, vol. 7, núm. 1, marzo, 2000
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401710>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Nuevas realidades, nuevos conceptos

EDISON OTERO BELLO*

Recepción: 28 de junio de 1999

Aceptación: 03 de septiembre de 1999

En las *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, G. F. H. Hegel (1955) sostiene:

“... se da, es verdad, el caso de que aparezca, a veces, una filosofía afirmando que todas las demás no valen nada; y, en el fondo, toda filosofía surge con la pretensión, no sólo de refutar a las que la preceden, sino también de corregir sus faltas y de haber descubierto, por fin, la verdad. Pero la experiencia anterior indica más bien que a estas filosofías les son aplicables otras palabras del evangelio, las que el apóstol Pedro le dice a Safira, mujer de Ananías: Los pies de quienes han de sacarte de aquí están ya a la puerta. La filosofía que ha de refutar y desplazar a la tuya no tardará en presentarse, lo mismo que le ha ocurrido a las otras.”

Es un hecho que en la historia de la filosofía aparecen periódicamente puntos de vista que declaran obsoleto todo el pensamiento anterior y proponen un nuevo punto de partida. Bacon, Descartes, Hume, Nietzsche y tantos otros pensadores expresaron una pretensión similar, pero más que constatarla, nos interesa llamar la atención sobre lo que está implícito en las afirmaciones hegelianas. Este hecho subyacente apunta al fenómeno de que, para el pensamiento más reciente, las ideas anteriores resultan parciales o incapaces de dar cuenta de la realidad. Y a menos que adoptemos el talante de esas filosofías que proponen nuevos puntos absolutos de partida, deberíamos admitir que a toda idea le llega su hora de obsolescencia. De tal suerte que resultaría temerario atribuir a una, cualquiera de ellas, la condición de ser definitiva, concluyente y final.

La razón de la imposibilidad de que una idea, o un conjunto de ellas, alcance la condición de definitiva y final no radica necesariamente en la naturaleza del pensamiento, sino en la naturaleza de la realidad. El mundo físico, la historia humana, la evolución de la vida, tienen el rasgo central del cambio

incesante, de la transformación permanente. Así las cosas, resultaría sorprendente que un conjunto explicativo, una teoría o una conjetura cualquiera demandaran validez intemporal, lo cual, por cierto, no constituye una puerta abierta para argumentos relativistas. De modo que no debiera parecernos muy arriesgado sostener que nuevas épocas, nuevas realidades, diferentes circunstancias, exigen sus propios esfuerzos explicativos.

Este ensayo no expone una tesis personal sobre el tema, sino, más bien, sugiere focos de debate y plantea interrogantes. Tal opción tiene, a mi juicio, dos consecuencias benéficas: una de tipo general y otra de tipo personal. El beneficio general consiste en inhibir cualquier ejercicio de egolatría, con la pirotecnia característica que le sigue como la sombra sigue a la luz. Ya es bastante temerario suponer que se tenga una tesis personal sobre cada tema, más audaz sería creer que cada cual tiene su tesis personal. Digamos, en honor a la verdad, que de vez en cuando algo como eso surge y que, bien miradas las cosas, son expresión de inoculaciones, estimulaciones, provocaciones, gatillaciones en las que hay siempre responsabilidad intelectual colectiva.

En lo que a beneficio personal se refiere, creo que la mencionada elección viene perfectamente de perillas con el talante de mi disciplina de origen: la filosofía. Tiendo a concluir que los pensadores más finos y sutiles son aquellos que formulan preguntas allí donde nadie las hace, y que advierten los problemas allí donde no se cree que los haya. De modo que su aporte genuino no es un sistema acabado de ideas, sino una interrogación profunda y sostenida en el tiempo, una averiguación que despeja aires enrarecidos y rompe las prisiones de los modos habituales de pensar; en

* Editor de la revista *El talón de Aquiles*, Universidad de Chile.
Correo electrónico: eotero@abello.dic.uchile.cl

este sentido, puede decirse que la filosofía, más que un tipo de conocimiento, es un tipo de inquietud. Pues bien, pienso que tal talante ha encontrado mejor domicilio en el multifacético escenario intelectual de la posguerra que, tal vez, en ninguna otra época; así entendido, creo que resulta propicio traerlo a cuenta precisamente para abordar un tema como el del desafío que las nuevas realidades plantean al pensamiento.

Quiero citar, brevemente, a cuatro pensadores contemporáneos nuestros, con el deliberado propósito de provocarnos intelectualmente para sentirnos insatisfechos con esfuerzos medianos. El primero de ellos es el cientista político Karl Deutsch (1963: 26), lo cito textualmente: "... sabemos, o sentimos, que nos encontramos cerca del fin de un largo periodo de la historia humana, y en transición hacia otro muy diferente. Percibimos que los procesos acelerados de cambio nos acercan cada vez más al límite de la zona dentro de la cual resultaba adecuado nuestro bagaje intelectual tradicional. Al acercarnos al límite de nuestra anterior capacidad de comprensión, podemos adoptar dos actitudes: aceptar la impotencia intelectual y la probable derrota, e incluso confiar en la irracionalidad, la suerte y la marcha a ciegas (que no funcionó bien en Hiroshima) o si no; tratar de aumentar sustancialmente nuestra capacidad de pensamiento y percepción, de sentir por otros y de actuar de modo competente y eficaz para ayudarlos. Por lo tanto, debemos acrecentar sustancialmente nuestra capacidad intelectual".

Nuestro segundo pensador es el psicólogo Norman Brown (1967: 7), quien escribe: "Al heredar de la tradición protestante una conciencia que insistía en que el trabajo intelectual debía dirigirse hacia la superación de la condición humana, yo, como muchos otros de mi generación, viví el ocaso de las categorías políticas que inspiraron el pensamiento y la acción liberales en los años treinta. Aquellos de nosotros que por temperamento somos incapaces de admitir la política del pecado, del cinismo y de la desesperación, nos hemos visto obligados a examinar una vez más los supuestos clásicos acerca de la naturaleza de la política y del carácter político de la naturaleza humana. Pero, a menos que me equivoque, el sentimiento de que las escuelas tradicionales de pensamiento se han vuelto estereotipadas y estériles, no se limita a los que tienen una formación semejante a la mía. Este libro está dirigido a todos los que están dispuestos a poner en duda viejos supuestos y a acoger nuevas posibilidades. Y como las nuevas ideas no vendrán si su entrada en la mente está sometida a la conformidad con las antiguas y con lo que llamamos sentido común, este libro exige del lector —como exigió del autor— una suspensión voluntaria del sentido común."

En tercer lugar quiero citar al pensador canadiense Marshall McLuhan (1967: 74-75). En una de las tantas curiosas páginas de sus no menos peculiares textos, McLuhan reproduce la fotografía de un auto que avanza por una pista de alta velocidad. La fotografía está tomada desde dentro del auto en cuestión, de modo que uno puede visualizar el espejo retrovisor, en el que, contra todo lo esperado, no se aprecian los autos que vienen detrás, sino que aparece dibujada una diligencia tirada por caballos. A pie de página, McLuhan escribe: "El pasado se fue por ese camino. Cuando enfrentamos una situación totalmente nueva, tendemos siempre a adherirnos a los objetos, al sabor del pasado más reciente. Miramos el presente en un espejo retrovisor. Entramos en el futuro retrocediendo".

Mi último convocado por la vía de la cita es el filósofo francés Maurice Merleau-Ponty. En el prefacio de su último libro publicado en vida, encontramos los siguientes párrafos: "Todo lo que se creía pensado y bien pensado —la libertad y los poderes, el ciudadano contra los poderes, el heroísmo del ciudadano, el humanismo liberal, la democracia formal y la real, que la suprime y la realiza, el heroísmo y el humanismo revolucionarios— todo eso está en ruinas. A este respecto, somos presas de escrúpulos, nos reprochamos hablar de ello demasiado fríamente. Pero cuidado, lo que nosotros llamamos desorden y ruina, otros, más jóvenes, lo viven como natural y tal vez con ingenuidad van a dominarlo precisamente porque no buscan sus referencias donde nosotros las tomábamos. En medio del estrépito de las demoliciones, muchas pasiones morosas, muchas hipocresías o locuras, muchos falsos dilemas desaparecen también. ¿Quién lo habría dicho hace diez años? Tal vez estamos en uno de esos momentos en que la historia va más allá" (Merleau-Ponty, 1964: 20).

Como se puede apreciar, he aquí a un cientista político, un psicólogo, un teórico de la comunicación y un filósofo que expresan una idea común, compartida. Todas las citas pertenecen a obras de los años sesenta. Lo notable es que esta coincidencia se produzca a pesar de la ostensible diferencia temática que separa a los autores, no obstante la comprensible tentación de etnocentrismo que toda disciplina específica conlleva.

Lo primero que salta a la vista es, por su puesto, la coincidencia en el diagnóstico; pero hay más, si uno mira detenidamente. Nuestros citados están sugiriéndonos que, aun con cambios notables en las sociedades actuales, el problema no reside principalmente en que todo ello esté efectivamente sucediendo, sino que yace en las categorías, en los conceptos con los cuales tratamos de comprender tales procesos. Estos pensadores están planteándonos abiertamente

que, con toda probabilidad, las ideas con las que analizamos las nuevas realidades ya no son las apropiadas. Ahora bien, parece que sería un profundo error suponer que éste es un simple problema instrumental, a saber, un cambio de utilidad conceptual. Ocurre que nuestras ideas son siempre visiones de mundo, versiones del gran tema de la comprensión, productos entreverados con la malla de la experiencia; no pueden alegar completa neutralidad. Alguien ha dicho, en mi opinión certeramente, que cuando examinamos atentamente un problema que nos acosa lo primero que advertimos es que somos parte del problema. Es decir, el problema se define, entre otras cosas, por la actitud que adoptamos frente a una situación dada.

Una cuestión sustantiva es, en consecuencia, si somos capaces de admitir y asumir que muchos de nuestros conceptos más preciados han agotado su capacidad explicativa. Otra cuestión importante es cómo oponemos resistencia a la fuerza inercial de nuestros modos habituales de pensar y cómo hacemos eso de manera radical, sin ánimo tibio y negociador. Se plantea, pues, la necesidad de un severo gesto intelectual.

Nada hay de sorprendente en que un conjunto de ideas y creencias entre en obsolescencia; lo verdaderamente sorprendente sería que ello no ocurriera. Y ésta es una expectativa todavía más razonable si consideramos que los mismísimos productores de ideas —científicos, intelectuales, pensadores— están experimentando profundos cambios en sus roles, sus confianzas, sus modos de organización, sus creencias, sus credibilidades. El conocimiento mismo se produce, transmite, utiliza y almacena hoy de modos que hace sólo unas décadas se consideraba ciencia ficción.

Estaríamos enfrentando, entonces, una profunda inadecuación entre acontecimiento y comprensión o explicación del acontecimiento. En un estimulante y no poco sorprendente ensayo titulado “Impredecibilidad”, en 1944 el escritor francés Paul Valéry presenta esta tesis del siguiente modo: “¿Qué ha sucedido? Simplemente que los medios de investigación y acción han superado nuestros medios de representación y comprensión. Este es el inmenso hecho nuevo que resulta de todos los demás nuevos hechos. El único positivamente más trascendente” (en Winner, 1979: 285)

Se trata de una afirmación categórica que tiene, sin embargo, el problema de ser demasiado general y, correlativamente, la ventaja de no aludir a nada en particular. Pero podemos dejarnos llevar por una incisiva demanda de especificación. Por ejemplo, precisar que nuestros discursos intelectuales tienen el defecto de la exclusividad y de la exclusión. El discurso económico descarta el psicológico-social; el discurso sociológico descarta la perspectiva medial; el

discurso político excluye la mirada antropológica; el discurso psicológico-social desaloja el punto de vista macrosocial; el discurso medial descarta el enfoque histórico; el discurso hermenéutico desprecia los abordajes empíricos; el discurso cultural reniega de las dinámicas intelectuales; los internalistas de la investigación científica ignoran a los externalistas; el discurso lingüístico desautoriza los planteamientos de la tradición social, y así sucesivamente. Las disciplinas desde las que miramos, ¿son aperturas o sesgos, luces o cegueras? Su fundamento, ¿es únicamente institucional-profesional o genuinamente epistemológico? Las disciplinas no son realidades metafísicas sino estrategias intelectuales; sería un profundo despropósito creer que pueden erigir conceptos sagrados. Paul Valéry sugiere que las conceptualizaciones disciplinarias están en un atolladero, en un callejón sin salida.¹

En el propósito de ensayar y explorar otros caminos, parecería razonable darse a la tarea de alivianar la carga intelectual con la revisión y precisión de todos aquellos materiales considerados irrelevantes, inútiles, prescindibles. En una primera y muy tentativa lista, deseo enumerar algunos de los materiales conceptuales que, a la luz de reflexiones ya enhebradas por diferentes autores del más diverso signo, pueden considerarse omitibles o, al menos, dignas de las mayores sospechas: la idea de identidad individual autónoma y su correlativa, la pérdida de la individualidad; el concepto de sociedad de masas; la idea de identidad cultural; la idea de que los medios de comunicación tienen efectos; la idea de que existe una opinión pública; la idea de que estamos en una sociedad de consumo; la tesis de que las tecnologías son meros instrumentos; la idea de que las máquinas están amenazando al hombre; la tesis de que existe una ética universal; la tesis de la vocación racional de la conducta humana; la idea de que una sola variable puede explicar el conjunto de variables: la económica, la psicológica, la institucional, la cultural, la política, la comunicacional, etcétera. Y, a mi juicio, la más peligrosa de estas ideas: que nuestro conocimiento de la sociedad es mayor que nuestra ignorancia acerca de la sociedad, ante todo porque atañe al problema del sentido de cualquier intervención social.

Esta tensión entre lo que efectivamente sabemos, lo que creemos saber y lo que queremos hacer es fuente de muchas dificultades. Un testimonio de ello, por ejemplo, el debate acerca de la visión de la universidad como institución. El filósofo John Searle (Searle: 1993: 80-85), hace sólo unos pocos años, llamaba la atención sobre la contraposición entre el desarrollo del conocimiento y la reforma social como

1. Tal idea está explícitamente asumida, entre otros, por Karl Popper (1956).

proyectos diferentes sobre el quehacer de la universidad. La gran tentación radica en creer que el conocimiento necesario ya existe, es suficiente y que, por tanto, la universidad no puede concebir su misión sino como proyecto

político. Este tipo de precipitación es siempre un mal signo, entre otras cosas porque exime al pensamiento de sus responsabilidades. En tal caso, la desorientación no sólo confunde al pensamiento: confunde igualmente a la acción. 



BIBLIOGRAFÍA

Brown, N. (1967). *Eros y Tánatos*. Ed. Joaquín Mortiz, México.

Deutsch, K. (1963). *Los nervios del gobierno. Modelos de comunicación y control políticos*. Ed. Paidós, Buenos Aires.

Hegel, G. F. (1955). *Lecciones sobre la historia de la filosofía*. Fondo de Cultura Económica, México.

McLuhan, M. (1967). *El medio es el mensaje*. Ed. Paidós, Barcelona.

Merleau-Ponty, M. (1964). *Signos*. Seis Barral.

Popper, K. (1956). *Post Scriptum a la lógica de la investigación científica*. Vol. I: Realismo y el objetivo de la ciencia. Ed. Tecnos, Madrid (1985).

Searle, J. (1993). "The Mission of the University. Intellectual Discovery or Social Transformation", en *Academic Questions*. Vol. 7, No. 1. p. 80-85.

Valery, P. (1944). "Impredecibilidad", en Langdon Winner (1979). *Tecnología autónoma*. Ed. Gustavo Gilli, Barcelona.